

VEINTICUATRO HORAS DE LA CALLE MAGDALENA...

A PRINCIPIO DE LOS AÑOS VEINTE

Alberto Eceiza Michel

DE CINCO Y MEDIA A OCHO MENOS CUARTO DE LA MAÑANA

Hiciese el tiempo que hiciese: lluvioso, brumoso o seco, aún era de noche cuando ya caminaban gentes presurosas a cubrir sus puestos de trabajo en el primer relevo de las seis. Entonces muchas factorías se podían permitir el lujo de tener dos, y hasta tres, turnos diarios.

Apenas una hora más tarde, Antton sacaba sus bueyes de la cuadra situada en el arco central del puente del "Topo", los uncía al carro, un vehículo muy largo y de poca alzada, y comenzaba, como cada día, a transportar voluminosos fardos desde la Fabril Lanera a la estación "del norte" o viceversa. (Poco después lo sustituiría por un chato camión marca U.S.A. -que yo creo- fue de los primeros camiones que se vieron por estos lares).

Igualmente, los guardias civiles del cuartel sito donde ahora está la biblioteca municipal, embridaban sus caballos para la ronda por los montes cercanos. El piafar de los corpulentos animales y sus conatos de rebeldía a dejarse ensillar, arrancaban amenazadores tacos a los beneméritos.

Disipados estos matutinos signos del despertar de la calle, los sonidos decrecen, pero no por mucho tiempo. Pronto se inicia el traqueteo producido por los carros de "la María", y del "Drogiero", cuyas ruedas, guarnecidas con aros de acero, sacaban chispas al flamante adoquinado de la calle, estrenado en 1922. A estos carros se sumaban los de las caseras y el sonido del alegre trotar de los borriquillos cargados con la leche y productos del campo destinados a la venta en la cercana Plaza de Abastos. Los animados ¡Arre!, o ¡Sóoo!, así como algún potente y sostenido rebuzno, se sumaban al cotidiano concierto, al igual que el parloteo de las obreras, y obreros que, como ocurriera dos horas antes, se incorporaban al trabajo, esta vez al turno de las ocho.

DESDE LAS OCHO DE LA MAÑANA, A LAS DOCE DEL MEDIODÍA

Ya están en sus puestos de trabajo los que tienen la jornada "normal". Poco antes de las nueve, las chicas y chicos en edad escolar se llaman unos a otros armando cierta algarabía. (Entonces las familias tenían tres vástagos, como mínimo). Se mezclaban risas con gimoteos mimosos pidiendo a las sufridas amatxos "suses" para golosinas del "amaiketako".

Los variadísimos comercios que jalonaban la calle, iban abriendo sus puertas. Había confiterías, droguerías, carnicerías, panaderías, mercerías y muchos de comestibles. Enrique, el carbonero, aprestaba su carro para el reparto a domicilio de sus carbones y leñas; Patxiku, el barbero, ayudado de una silla colgaba el "casco de Mambrino" a la puerta de su establecimiento; y Agustín, "el Tuerto", sacaba sus ataúdes a la calle para barnizarlos...



Las "etxeoandres", con sus capazos de mimbre pendientes del brazo, recorrían las tiendas, o hacían una escapadita hasta "la Plaza" del mercado; entonces todo se vendía "al detall": media libra de garbanzos, media libra de carne para el cocido, con su hueso de propina; un cuartillo de aceite, dos onzas de café, medio litro de vino... ¡Ah! Y todo

ello se abonaba con fracciones de peseta, con esos céntimos ahora tan temidos a causa del euro. Con una monedita de cobre de dos, se podía adquirir un cucurucho de confites anisados en "Kantxale", en la esquina de la calle Santa María con la de la Magdalena. Aún guardo una monedita de aquellas; ignoro cómo ha sobrevivido tanto tiempo.

Por los años veinticuatro, se produjo un gran escándalo al decretar el Gobierno la subida de cinco céntimos en el precio del kilo de pan. Hubo hasta huelgas ¡Qué relativo es todo en la vida! Por esas mismas fechas, en Alemania, el kilo de pan costaba ¡quinientos veinte mil millones de mar-

cos! Lo cual no parece tan excesivo, si tenemos en cuenta que un obrero alemán cualificado ganaba ¡tres billones! de marcos diarios.

No era extraño pues, que llegaran a nuestra Villa camiones cargados a tope con monedas teutonas de aluminio o un metal parecido, destinadas a las fundiciones locales. ¡Seguro que toda la carga de un camión, no valía lo que un pan en la Alemania de entonces! Aquellos depauperados marcos, a las chicas les servían para jugar a tiendas; a nosotros de nada, ya que, por su poco peso, ni siquiera valían para jugar a "chapas".

Las "etxekoandres", con los chavales ya en la escuela y hecha la compra diaria, se asomaban a balcones y ventanas sacudiendo manteles y alfombras con absoluto desprecio de las ordenanzas municipales, que obligaban a hacerlo en los patios traseros, pero era preferible hacerlo en los balcones que daban a la calle, así, entre sacudida y sacudida y de balcón a balcón, se aprovechaba para comentar con las vecinas, no sin grandes aspavientos y escandalizadas, las noticias oídas en los mentideros de los comercios o el mercado –entonces la gente se escandalizaba por cosas que hoy nos parecerían normales, nimias, y hasta incluso, insulsas-.

Pero, sobre todo, el pan nuestro de las conversaciones era, por aquel entonces, las noticias de la guerra de África, que se había encarnizado gravemente con el levantamiento general de los marroquíes en las zonas francesa y española. Como no había radio ni televisión, ¿se imaginan un mundo así? los bulos y las verdades se mezclaban; se sufría con dolorosa impotencia la constante sangría de gente joven embarcando en Pasajes rumbo a Marruecos, despedida por muchedumbres llorosas de parientes y amigos.

Entre tanto, pasaba el carrito de la basura del que tiraba un mulo, cuya oscilante campanilla, alertaba a las amas de casa para bajar los desperdicios de sus hogares. Esto lo hacían en cajones de madera "ad hoc", que eran recogidos de nuevo al ser vaciados. Aquellos residuos consistían normalmente en cenizas. ¡Las cocinas económicas de Markeze lo quemaban todo! Sólo latas vacías y alguna que otra botella descollaban de vez en cuando.

A veces, se dejaban ver por la calle carricoches aprovisionando el comercio. Era rarísimo que fuera un automóvil. Estos vehículos eran casi tan escasos como los aeroplanos que sacaban a la gente a los balcones cuando alguno runroneaba sobre el renteriano cielo. Entre esos comercios había algunos de auténticos ultramarinos ¡Qué olor a café invadía, en ocasiones, la calle! Era auténtico "Moka" tostándose en grandes bombos metálicos que se hacían girar con una manivela. Insiñarte lo hacía en la "atxeko-atea".

Pero el "non plus ultra" de los comercios magdaleneros era, sin duda, el de Ayerbe, sito en la esquina donde hoy existe una administración de Loterías. Allí se vendía de todo. ¿Han visto esos almacenes de las películas del oeste americano? Pues la de Ayerbe era idéntica. Expendía desde yugos para uncir yuntas de bueyes, hasta caramelos; desde refulgentes guadañas, hasta trenecillos de juguete con sus vías y todo; además, el cliente podía reconfortarse, en su kilométrico mostrador, con txikitos de buen tinto o copitas de "pattarra", para celebrar la compra o, animarse a hacerla.

También la mañana atraía a las pescadoras. Se distinguían las pasaitarras de las hondarribitarras en que estas alargaban sus ofertas con un característico "uuuiiiii" que sonaba más o menos así: "¡Sardiñafruuuiiii!", "¡Legatzafruuuiiii!"

En ciertas ocasiones, no sólo vendían pescados, sino también cierta especie de ave marina, cuyo nombre en euskera hacía que nunca faltara el irónico chungo, provocando risitas maliciosas cuando las garbosas vendedoras lanzaban al aire un: "¡Pottorro prescu, prescua!", refiriéndose, naturalmente, a esos pájaros llamados alcas en castellano, regordetes, con alas y rabo corto de negra coloración, excelentes pescadores y nadadores; cualidad que les hacía víctima de las redes pescadoras.

Algún afilador –indefectiblemente gallego- con su carrito de enorme muela, lanzaba al aire la escala de su sonora ocarina. Los "entendidos" afirmaban que aquel desgarrado deslizamiento por la escala, atraía la lluvia inexorablemente.

Sobrepasando esta "música" no era raro oír la voz de alguna romántica vecina remedando a Raquel Meller –entonces en pleno apogeo- con versiones particulares de "El relicario", o "Mala entraña". En mi vecindad había una señora que amenizaba sus tareas domésticas relatando en larguísimos versos, las desgracias de una pobre chica de servir a quien engañó el señorito de la casa, y, por lo mismo, se vio embarazada y en la calle, ya que ni siquiera la recibieron sus padres por "perdida"...

Y a las doce menos cuarto, regresaba la abundante chiquillería de las escuelas, llenando la calle con sus gritos y carreras, exponentes inequívocos de exuberante vitalidad.

AL FILO DEL MEDIODÍA

Suenan las sirenas de las innumerables fábricas y talleres. La calle, paso obligado a importantes factorías: La Lanera, Pekín, Markeze, etc., se llenaban de gente en busca del vigorizante poder del potaje. Entre las mujeres productoras, algunas aprovechan el paréntesis laboral para adquirir las viandas o el pan.

DE UNA Y MEDIA A SEIS

Terminado el pacífico espacio desdichado a recuperar energía, de nuevo se mueve la gente en sentido inverso al del mediodía, obedeciendo a la tiránica llamada de las sirenas. Era fácil detectar, por el tono, la de la Papelera, la de la Lanera, la de la Alcohólera... También los chiquillos regresaban a la escuela.

Luego la calle seesteaba hasta la reaparición de los chavales, bulliciosos y chillones, ya dadas las cuatro de la tarde. Los colegios habían soltado sus "fieras".

El deporte favorito de éstas era el fútbol. Había un solar cercano al actual bar Aralar (entonces con un caserón desvencijado al fondo) el cual, pese a sus cortas dimensiones, servía para entrenar a los futuros Gamborena, Errazquin, Zamora, etc., en partidillos interrumpidos repentinamente por el grito de: ¡Agua! Que indicaba la presencia de algún celador –entonces se llamaba así a los alguaciles-. El más temido era "El Negro" dotado de la mala costumbre, si

lograba hacerse con el balón, –cosa bastante difícil, pero que ocurrió– de inutilizarlo rajándolo con su navaja. Este sadismo para con una pelota de goma comprada “a escote”, a veces sacrificando los “suses” para la onza de chocolate de la merienda a fin de redondear los noventa y cinco céntimos que costaba, siempre nos pareció un enorme abuso de autoridad.

También se coleccionaban las estampas que venían en las tabletas de chocolate... Banderas del mundo, escenas de la pasada guerra mundial... pero, sobre todo, las de los futbolistas, cuyas caras apenas cabían en pequeñas fotografías rectangulares apropiadas al tamaño de los caramelos que las portaban. Si conseguías llenar el álbum correspondiente, te premiaban con un balón de reglamento. No conocí a nadie que lo lograra. Siempre había una cara que no salía jamás.

¿Y las chicas? La verdad es que, en aquella edad, no interesaban gran cosa a los mozalbetes. Jugaban al corro, a saltar a la cuerda y cosas así. También coleccionaban cromos, pero era para jugárselos en un juego que consistía en darles la vuelta –colocados del revés sobre una superficie plana– azotándolos con la palma de la mano.

Además, tenían conciliábulos en lugares prohibidos a los chicos, donde se repartían a todos los varoncitos de su edad como futuros novios. Eran los primeros atisbos de atracción sexual. Ese “repartirse” a los chicos distaba mucho de algo que tuviera que ver con el amor auténtico, real; pero por algo se empieza. De todos modos, en este apartado eran mucho más espabiladas que nosotros. Sin embargo, no contaron con los avatares de la vida, ni con una guerra “incivil” que trastocó todos aquellos infantiles proyectos. Sólo yo tuve la suerte de casarme con una de aquellas soñadoras niñas, aunque no fui, entonces, el por ella elegido.

Si la tarde era propicia, muchas “amatxos” sacaban a sus “umetxus” de paseo. Uno, muy frecuentado, era el de “Zakarras”, lugar sito en lo alto de la cuestecilla de Pekín, camino de Arramendi, a mano derecha de la carretera, entre el puente del tren minero de Arditurri y un bosquecillo. Ahora, es el barrio de Pontika.

Pero más solicitada era la Plaza de los Fueros, lugar de nutridas tertulias a cuenta del aire de los críos.

Con unas cosas y otras, la calle respiraba vida, la cual rebosaba cuando, de cinco y media a seis, comenzaba el reflujó de los productores. Normalmente ya no desaparecía la animación. Todo el mundo estaba en la calle.

DE LAS SIETE EN ADELANTE

Llegó la hora de los hombres y de las numerosas tabernas concentradas en los trescientos metros de “rua”. Se inicia con “afari-meriendas” y se prosigue con el “txikiteo”, mientras se habla y se discute de todo, sin descuidar las hazañas de Uzkudun, que iba barriendo a quien se le ponía por delante: diez combates, ocho ganados por “K.O.” hasta entonces. Sobre la guerra de África se hablaba en susurros. El ambiente era catastrofista y se cantaban coplillas al estilo de:

Otros juegos eran los “marru-marrus”, las canicas, y el muy emocionante de ver quién lanzaba más alto los botes vacíos, impulsados por los gases resultantes de la mezcla de carburo y agua. Este “botes al aire” era un juego peligroso que descalabró más de una cabeza.



“Melilla ya no es Melilla, que me lo ha dicho una mora;

Melilla es el matadero de las tropas españolas.”

Tan pesimista espíritu se intentaba dejar atrás, máxime cuando todos tenían algún pariente –cercano o lejano– en tierras rifeñas y pendía sobre algunos presentes la amenaza de una posible llamada de su quinta.

Además de los héroes futbolísticos, admirábamos a Uzkudun, a Bottecchia, vencedor del Tour; y al finlandés Nurmi, que ganó todas las carreras en las que participó, en los recién celebrados Juegos Olímpicos de París.



Por ello, a medida que las dosis "txikiteriles" ayudaban a recuperar los derrotistas ánimos, comenzaba a reinar la euforia, sobre todo si era sábado. Raro era el fin de semana en que en alguno de los bares no se celebrase algo. Entonces toda la calle se convertía en una competición de orfeones, más o menos armónicos... ¿Qué falta hacía la radio...?

Los esforzados concertistas ya nos han cantado que *"París se quema bombardeado por un Zeppelin"*; *"Asturias es su patria querida"*; *"la Asunción vende un vino que no es ni blanco ni tinto, ni tiene color..."*; *"lo ricos que son las sardinas de Santurce"*; *"las aventuras de un inglés que vino a Bilbao"*; sin olvidar el *"Maritxu nora zuaz"*; el *"Bogaboga"*; o el *"Pello Joshepe"*...

Entre estos "iñosentes" cantos se intercalaban –en voz baja, con sordina– otros no aptos para los sicarios del general Primo de Rivera, quien, con sus disposiciones antivascas y anticatalanas, despertó dormidas fobias y exacerbó al incipiente nacionalismo. En esas canciones se hablaba de "moscas" que no querían a las "arañas"; de "armas en Eibar y dinamita en Galdácano", y cosas por el estilo, claramente subversivas y rebeldes.

DE LAS DOCE DE LA NOCHE EN ADELANTE

Comienzan a faltar voces en el orfeón y surgen los oradores quienes, en limpia prosa castellana, lanzan sus discursos, de tinte claramente "anti" para aquellos tiempos plenos de poderes dictatoriales del aprendiz de Mussolini.

Las encendidas peroratas acababan ante la proximidad de un sereno –que nunca había oído nada inconveniente– el cual, amablemente, invitaba al orador a que se fuese a la cama, a lo que éste solía acceder, no sin haber gritado antes, a pleno pulmón: *"¡Viva la República... de Francia!"*; o *"¡Viva el Rey... de Rusia!"*

Queda algún rezagado quien, a voz en grito, se despide de algún amigo que se aleja. Aquel se toma en serio eso de que "dormir es morir un poco" y procura que, con sus gritos, los demás "mueran" lo menos posible.

Hacia las tres, a pesar de lo que dice el tango, por fin predomina el silencio. Si mañana es domingo, las horas se deslizan perezosas... ¿Qué es el tiempo? Lo que canjeamos por placer y dolor, según Stephen Becker, así que dejémosle pasar...

-o0o- -o0o- -o0o- -o0o-

La triste calle de hoy... ¿Cuánto daría por resucitar aquellas jornadas febriles, activas, ruidosas... cesando de dormir en el sopor, casi en coma, como lo hace hoy...? ¡Ya ni siquiera hay niños alborotadores...!



Foto: Carlos Zubiria